

Jonás

Escribe: POLICARPO VARON

¿No es increíble que a un hombre lo avienten al mar por una cosa tan insignificante? Nadie quiere creer una historia así. Todo el mundo se le ríe a uno en la cara. Lo cierto es que a Agustín Suárez lo tiraron una tardecita de septiembre del año pasado. Yo vi los cuatro hombres que lo alzaron, lo bambolearon y lo echaron luego por encima del pasamanos de cubierta. Yo lo vi hacer agüitas, agüitas saladas. Yo lo vi chapotear. Yo vi sus ojos, sus últimos ojos, los ojos suyos esa tarde cuando el J. M. Córdoba lo iba dejando a un lado, cuando quedó atrás así sin agüardese tantico. No he podido borrar el recuerdo de esos ojos, la mueca de la boca; no he podido olvidar su mirada. Bien tragado del mar o de sus peces quedó el pobre Agustín. Yo lo vi hundirse en el agua verde-azul con este par de ojos que se han de tragar los gusanos; los de él tuvieron mejor suerte...

Agustín Suárez abordó el J. M. Córdoba una medianoche. Medianoche oscura. Lo reconocí en el fondo de un bar donde la tripulación bebía. Estaba de bigote y sombrero. Lo reconocí por la herida del mentón. Suárez andaba de huída hacía varios meses. Yo le dije "camine con nosotros", y él dijo "bueno". No le quedaba otro remedio. Subió a bordo entre los marinos borrachos.

Al otro día zarpamos. Suárez estuvo escondido en un camarote varios días pero luego no aguantó la tentación de salir, de recorrer los pasillos a la hora en que los pasajeros estaban fuera, en cubierta; no escapó a la curiosidad de ver lo que había después de un codo del pasillo. Y así, sin quererlo, cayó cualquier día en un bar repleto de pasajeros dejándose ver por primera vez... Pero todo hubiera quedado tal cual, si Suárez no comete la tontería de ir a sentarse en un rincón, y después, cuando un oficial pidió silencio e invitó a los pasajeros a pasar al comedor, después, digo, va y se deja arrastrar, se deja empujar hasta el mismo comedor y se queda allí parado en la mitad del salón como que sí como que no sobre la alfombra roja, mirando más allá de las cabezas, cuando todos han comenzado; Suárez sin mesa, sin asiento, y todavía, por último, acepta la invitación del alto-gordo que lo lleva del brazo a su mesa, le consigue una silla, le busca acomodo, le dice siéntese y coma tranquilo... No es posible jugarse así la vida cuando se sabe que se la está jugando, en una de esas se le va a uno...

Y, aún: Suárez volvió por la noche y comió con el hombre, su mujer y sus dos hijos. Al otro día para el almuerzo, cuando quiso sentarse, los ojos del salón le mostraban en el fondo una mesita unipersonal. Entonces

trastabilló salón allá, se tentó el mentón, le apareció el temblor del labio superior y maltragó, con los ojos entre el plato, con la cabeza entre los hombros...

Esto no fue suficiente. Parece mentira. Cada día volvió a su mesa. Entraba de primero para no tropezar con los otros en el pasillo; llevaba un periódico para esconder la cara de los ojos que lo buscaban. Salía de último cuando los murmullos se adelgazaban, cuando los pasos apenas se oían, cuando las voces eran viento no más... Pero hubo un día en que dejó el periódico olvidado en el camarote. Se había sentado y dudó —de pie— un momento pero ya los otros venían llegando, ya estaban desembocando los primeros y entonces Suárez se sentó tratando de buscarle acomodo a la cara. Se agachó sobre los platos, tragó a trancazos. Después se levantó y casi al trote atravesó la alfombra entre las mesas... Los ojos quedaron suspendidos, sorprendidos, en el marco de la puerta, detrás de sus talones. En el pasillo corrió, corrió hacia los camarotes, descendió los escalones de a cuatro y se tiró sobre la litera tratando de dominar aquellos resuellos, aquel corazón que brincaba sobre las frazadas..., que hacía temblar la litera...

No diría la verdad si contara que Suárez no se dejó ver más. Volvió al comedor por evitar que los otros lo recordaran ausente cuando el recuerdo es mucho más constante. Volvió, digo, a ocupar su lugar en el fondo del comedor. Pero entonces los otros encontraron la manera de hacerle la vida impasable. Las risitas aguantadas, las toses ahogadas, las burlas mostradas de afán, lo fueron arrimando al estallido final, a aquel día en que Suárez se levantó, tiró los platos y, tembloroso, gritó "mal nacidos". Entonces un viejo, atorado, alcanzó a dar algunos pasos deseoso de cobrarle la ofensa, pero tuvo que pararse para dominar la tos, tuvo que sentarse y meterse una servilleta en la boca abierta para no seguir echando fragmentos de comida sobre las cabezas de los que le ayudaban por los codos...

Naturalmente no voy a decir que al salir Suárez adivinó el significado de aquel zumbido sucio, como de principio de lluvia, que venteaba en el salón. Solo a la mañana siguiente, recién dormido, cuando los tres golpes violentos lo sacaron súbitamente del sueño, y él, semidesnudo, entreabrió la puerta y vio a los cuatro hombres ahí, que lo empujaron con la hoja, que lo hicieron recular hasta un rincón, solo entonces, digo, Suárez sintió que eso cambiaba de color...

Bueno, supongamos: usted es Suárez, usted es Agustín Suárez el hombre que abordó una noche de agosto en Barranquilla el J. M. Córdoba a escondidas. Usted estuvo varios días oculto en su camarote pero se dejó ver imprudentemente en un bar de a bordo; usted trató de hacerse del lado de los otros; usted hizo lo posible por tomar un aire de indiferencia, una cara inocente; usted dejó que lo arrinconaran; usted cometió la tontería de olvidar el periódico detrás del cual ocultaba la cara; usted no podía esconderse otra vez porque no había necesidad; usted aquel mediodía del olvido se levantó antes de tiempo, de sopetón, e interrumpió el almuerzo de los otros; los otros pensaron que usted los estaba echando a menos y le juraron la guerra; usted volvió al comedor y resistió unos días la guerra corta, minuciosa y oscura; usted se limitó a observar; pero un día resolvió

ponerle fin a aquello; usted, Suárez, se levantó inesperadamente a mediados del almuerzo y les tiró a la jeta el insulto; usted vio cuando aquel viejito se atoró; usted se encerró en su camarote aquella tarde, aquella noche, y estuvo despierto hasta la madrugada y volvió de un sueño cortico a las ocho de la mañana del cinco de septiembre último cuando tres golpes retumbaron en su camarote...

Yo estuve allí en el salón aquella mañana. A Suárez lo entraron casi en vilo; dos hombres lo llevaron por los codos. Suárez iba jipato, del color de esa pared, vea... Suárez, me lo imagino, no sabía que iba cuesta arriba. Suárez calló de golpe allí en el salón comedor y estoy seguro que no lo reconoció. Cómo, sin los cuadros del diario, y las mesas y los asientos puestos de distinta manera para que se sentaran los pasajeros que se iban a divertir. Además, quien estaba a esas horas para fijarse en eso... Se me pone que ni siquiera levantó la cabeza para mirar los cuatro hombres que estaban sentados en la mesa de oficiales, al frente. Suárez se sentó en la silla solitaria, entre los que presidían y el público. Tenía las manos humilladas sobre las rodillas... Apenas movió los labios después de que sonó la campanilla; casi no respondió a las preguntas; a los cómo se llama, nacionalidad, ocupación, boleto, invitación al primer viaje del J. M. Córdoba, identificación... Pesaba el aire aquella mañana. No había viento. Era como si el J. M. Córdoba estuviera detenido. Era como si por voluntad de Suárez de pronto nos hubiéramos quedado inmóviles en mitad del mar. Creo que estábamos a igual distancia de este y de aquel lado: y de acá y de allá nos tiraban con fuerza pareja...

Horas después, aquello duró un buen tiempo, uno de los pasajeros de los de la mesa de oficiales se levantó, infló el pecho despaciosamente, esperó con el aire agarrado adentro, y por fin habló, habló por encima de las cabezas de la sala: "Agustín Suárez será arrojado al mar al atardecer". Entonces volvió a subir el run run espeso y Suárez, allá adentro, me imagino, tuvo que cotejarlo con ese otro de la tarde anterior; en esas, dos o tres palmadas sonaron débilmente y en la mesa sacudieron la campanita y la sala quedó otra vez como en misa...

Los pasajeros llegaron a cubierta con una hora de anticipación. La tripulación se hizo a un lado. A Suárez lo trajeron después. Estaba todavía más jipato que en el comedor. Hubo un largo silencio; un silencio a punto de reventar. Uno de los pasajeros que había estado en la mesa de oficiales se paró entre la tripulación y los pasajeros y habló pero sus palabras se las cargó el viento. En seguida se volvió y los otros encontraron en su cara la orden. Agarraron a Suárez por los brazos y las piernas. El hombre como que resistía: no con los brazos: no con las piernas: desde adentro, y aquello, se me pone, le ayudaba. Luego el cuerpo chasqueó y los chisquetes se deshicieron contra el costado del J. M. Córdoba. La gente se asomó, muda. De Suárez se veían los brazos y la cabeza que salía de entre las olas y se perdía, y se alejaba, y los ojos oscuros que como que se agrandaban para vernos. La gente corrió por la cubierta buscándolo; y aun estuvieron un rato esperando tal vez que de un momento a otro Suárez saliera ahí al lado del barco con sus ojos oscuros y su boca toda torcida enseñándonos algo que no supimos qué, algo que no íbamos a poder sonsacarle...